



HAL
open science

UNA MODERNIDAD IBEROAMERICANA: CONCEPTOS, PROBLEMAS Y DEBATES

Daniel Emilio Rojas, Pierre Géal

► **To cite this version:**

Daniel Emilio Rojas, Pierre Géal. UNA MODERNIDAD IBEROAMERICANA: CONCEPTOS, PROBLEMAS Y DEBATES. ILCEA4; Université Grenoble Alpes; Universidad tecnológica de Pereira; Università degli Studi di Salerno. Una modernidad política iberoamericana. Siglo XIX. Formación, relaciones internacionales y representaciones de la nación., Marcial Pons, 2023, 978-84-1381-479-79788413814797. hal-03951481

HAL Id: hal-03951481

<https://hal.univ-grenoble-alpes.fr/hal-03951481>

Submitted on 23 Jan 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Public Domain

INTRODUCCIÓN

Pierre GÉAL, Sebastián MARTÍNEZ BOTERO,
Graziano PALAMARA y Daniel ROJAS

UNA MODERNIDAD IBEROAMERICANA: CONCEPTOS, PROBLEMAS Y DEBATES

Desde su inclusión en el vocabulario de la filosofía y las ciencias sociales, la *modernidad* ha suscitado debates fascinantes. Al construir nociones e hipótesis para explicar el carácter tradicional y novedoso de muchos de los fenómenos que forman la vida social, o al cuestionar la separación arbitraria que se establece entre el mundo moderno y quienes permanecen fuera de él, una cantidad considerable de trabajos históricos, sociológicos y literarios han producido varias de las ideas más influyentes del mundo del conocimiento. Hoy es posible afirmar que ninguno de los ámbitos de las artes o el pensamiento ha permanecido ajeno al problema de definir y entender la modernidad¹.

La modernidad iberoamericana: innovación historiográfica

En el ámbito de los estudios históricos, la diversidad de posturas y enfoques para definir la modernidad constituye la regla, no la excepción. Existe, sin embargo, un acuerdo relativo sobre tres acepciones comunes y relativamente sistemáticas. La modernidad es, en primer término, un estado de conciencia que surge con la Ilustración. Su característica más representativa es la necesidad de crear un mundo nuevo y alejado de las tradiciones que permita la realización de la libertad individual². En segundo lugar, la modernidad es un periodo histórico que se sitúa entre los siglos XVIII y XIX, diferente de la época moderna (siglos XV a XVIII), y que se define como un tránsito entre el Antiguo Régimen y la creación

¹ Marshall BERMAN, *All That Is Solid Melts Into Air. The experience of Modernity*, 1982.

² Antoine LILTI, *L'héritage des lumières. Ambivalences de la modernité*, 2019.

de Estados nacionales. Según esta acepción, el epicentro de la modernidad es la diacronía revolucionaria que ocurrió entre las décadas de 1780 y 1820, es decir, entre el estallido de las revoluciones norteamericana y francesa, y el conjunto de revoluciones liberales y movimientos independentistas que ocurrieron en los Estados germánicos, Polonia, la península italiana, y el conjunto de territorios imperiales de España y Portugal. Por último, la modernidad es un enfoque analítico, que privilegia el estudio de los aspectos conceptuales, políticos y culturales de la formación de la nación y de las diversas comunidades políticas aglutinadas en torno a ella. Según este enfoque, la nación moderna resultó de la lucha entre estructuras arcaicas y momentos revolucionarios, algo que explica su innegable capacidad transformadora, pero también muchas de sus paradojas y ambivalencias.

Este libro es un esfuerzo por explorar los diversos significados de la modernidad política en la historia iberoamericana del siglo XIX. Si los bicentenarios de la fundación de las repúblicas de Colombia y Perú, de los Imperios de México y Brasil, y del estallido de las revoluciones liberales en España y Portugal fue el estímulo original para iniciar el trabajo que hoy le entregamos al lector, el enfoque adoptado sobrepasa la coyuntura memorial y se inscribe en un horizonte reflexivo más amplio, que tiene como propósito demostrar que la modernidad política no solo es asimilable a la ruptura revolucionaria, sino que el tránsito entre los valores tradicionales y revolucionarios que caracterizaron el surgimiento de los Estados nacionales se efectuó en un segmento espacio-temporal más amplio³. Por eso, además de subrayar la dimensión insurreccional que acompañó al espacio imperial hispánico y lusitano, los diferentes capítulos que componen este volumen buscan comprender el proceso de surgimiento y afianzamiento de la modernidad política iberoamericana en un espectro cronológico expandido que abarca buena parte del siglo XIX.

Como enfoque analítico, el estudio de la modernidad política en Iberoamérica tiene antecedentes que en este libro se asumen como premisas epistemológicas. Desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, mientras surgían en Alemania y Estados Unidos varias de las obras clásicas sobre la modernidad, un grupo encabezado por François-Xavier Guerra, Antonio Annino y Luis Castro Leyva se dedicó a explorar la pertinencia de una historia centrada en el estudio del surgimiento y las mutaciones de la nación moderna en Iberoamérica⁴. En un universo tradicionalmente dominado por las aproximaciones que subrayaban la dimensión económica de las Independencias latinoamericanas, el grupo planteó un enfoque diferente y novedoso para explicarlas, que además de defender la prioridad y la autonomía de las esferas política y cultural, planteó nuevas hipótesis que enmarcaron el cambio político en un proceso temporal más amplio que

³ Gabriel PAQUETTE, *Imperial Portugal in the Age of Atlantic Revolutions*, 2013; Clément THIBAUD, «Pour une histoire des républicanismes atlantiques (années 1770-1880)», *Revue d'histoire du XIXe siècle*, 2018.

⁴ Véase, al respecto, Antonio ANNINO, Luis CASTRO LEYVA y François-Xavier GUERRA, «Epílogo: diálogo a tres voces», *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Ibercaja, Forum des sciences humaines, 1994.

abarcaba la crisis de las sociedades ibéricas⁵. El primer mérito de ese enfoque fue rescatar los procesos de cambio puestos en marcha por la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y extender sus implicaciones hasta mediados del siglo XIX, cuando instituciones típicas de las sociedades coloniales de Antiguo Régimen fueron suprimidas en el marco de la consolidación de los nuevos Estados independientes. En particular, la adopción de una nueva cronología para conceptualizar el fenómeno independentista, reveló el complejo entramado de interacciones entre el orden colonial y poscolonial.

Bajo el impulso de la nueva periodización, las emancipaciones de Hispanoamérica y el Brasil también empezaron a ser interpretadas en un ámbito espacial más extenso. El conjunto de ensayos publicados en 1992 por François-Xavier Guerra bajo el título *Modernidad e Independencias*, interpretó la crisis del imperio español en una dimensión euroamericana, que privilegió la estructura y la dinámica imperial para entender la simultaneidad y la semejanza de los procesos independentistas⁶. Las revoluciones hispánicas, como empezaron a ser calificadas tras la aparición del trabajo de Guerra, dejaron de ceñirse a los espacios delimitados previamente por las historiografías nacionales, que poseían alcances explicativos limitados, y empezaron a ser analizadas en la escala imperial, y por esa vía, a conectarse con procesos y dinámicas dependientes de los cambios políticos ocurridos en todo el espacio atlántico entre los siglos XVIII y XIX, lo que contribuyó a formular nuevas preguntas y a incluir otros problemas. Los estudios desarrollados en el surco de esta renovación historiográfica no exploraron solo las conexiones, las similitudes y las diferencias con las grandes revoluciones que en ese entonces —en palabras de Christopher Bayly— marcaron el «nacimiento del mundo moderno»⁷; también iniciaron un diálogo con la historiografía anglosajona, que venía construyendo una perspectiva atlántica que presentaba al océano como un gran espacio unitario en el que se cruzaban y sintetizaban procesos históricos comunes⁸.

La crisis imperial y la revolución política

Según el enfoque popularizado por los tres autores mencionados y por varios de sus herederos intelectuales, el inicio de la modernidad política iberoamericana fue la crisis imperial que desencadenó la invasión francesa de la península ibérica en 1808. La crisis desembocó en un periodo revolucionario que afectó a la totalidad del espacio imperial de España y Portugal. En el caso latinoamericano, los

⁵ T. HALPERÍN DONGHI, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, 1985.

⁶ F.-X. GUERRA, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 1992 (3.ª ed., FCE, 2014).

⁷ C. A. BAYLY, *The Birth of the Modern World, 1780-1914. Global Connections and Comparisons*, Oxford, Blackwell, 2004.

⁸ Para una primera reflexión cfr. R. R. PALMER, *The Age of the Democratic Revolution: A Political History of Europe and America 1760-1800*, Princeton, Princeton University Press, 1959-1962; B. BAILYN, *Atlantic History. Concept and Contours*, 2005; Th. BENJAMIN, *The Atlantic World. Europeans, Africans, Indians and Their Shared History, 1400-1900*, 2009.

procesos revolucionarios condujeron a las Independencias, y estas, a la creación de Estados nacionales soberanos, mientras que en España y Portugal se inició un conflicto profundo entre modelos sociales divergentes, que pugnaron por perpetuar modelos de inspiración absolutista o establecer gobiernos monárquicos y constitucionales de inspiración liberal. La adopción de esta nueva perspectiva no solo relativizó la ruptura definitiva entre un orden nuevo y otro antiguo, sino que contribuyó a invertir la idea sobre la que se apoyaban las historias nacionales según la cual las Independencias habían provocado la fragmentación y el ocaso de los imperios ibéricos. Los estudios producidos bajo este paradigma empezaron a demostrar lo contrario: la crisis de la monarquía española, iniciada en 1808 con las abdicaciones de Bayona, impulsó el colapso del imperio y favoreció la separación de los territorios americanos⁹.

También conviene subrayar que la modernidad política tuvo como expresión palmaria una ruptura revolucionaria que creó un conjunto de valores y principios inéditos. De los procesos revolucionarios surgió un hombre nuevo, individual, sin ataduras a la sociedad estamental y corporativa, cuyo pensamiento y acción no se desarrollaban ya en el ámbito privado, sino que se expresaban en una nueva sociedad, con una escena pública influyente, compuesta por nuevos actores y alimentada por nuevas referencias¹⁰. Junto a este nuevo individuo también surgió una nueva forma de concebir y hacer la política. Como fenómeno de ruptura, la modernidad política obligó a participar en los debates sobre la distribución del poder social a actores que hasta entonces habían permanecido ausentes. Los grandes movimientos de masas que encarnaron el cambio surgieron en Europa y el continente americano entre los siglos XVIII y XIX, pero se organizaron para conquistar una nueva legitimidad a partir de 1808, cuando irrumpió en la conciencia colectiva una concepción de la autoridad social sin precedentes y un nuevo sistema de referencias sociales y culturales. La modernidad política en Iberoamérica terminó por expresarse en la pertenencia a un nuevo modelo de comunidad política, la nación, que apareció como una combinación inédita de ideas, imaginarios, valores y comportamientos que le dieron a la sociedad y a la colectividad un nuevo significado¹¹.

La nueva legitimidad, desde sus orígenes, estuvo vinculada al problema de la representación, que constituye uno de los rasgos fundamentales del tránsito entre el Antiguo Régimen y el periodo denominado Modernidad política. Representación entendida, al final de una larga confrontación que se expresó en prácticamente todos los casos revolucionarios, como un tipo de organización social que garantizaba la regularidad y la sistematicidad de procedimientos electorales para que los ciudadanos ejercieran el derecho al voto, y en consecuencia, a ele-

⁹ Entre otros cfr. Antonio ANNINO, *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica*, 2014, y Pilar GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS (ed.), *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*, 2015.

¹⁰ F.-X. GUERRA, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 1992 (3.ª ed., FCE, 2014).

¹¹ François-Xavier GUERRA, «Introducción», en Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA, *Inventando la Nación*, 2003, p. 8.

gir libremente a sus gobernantes. Muy rápidamente, el terreno electoral expresa las ambigüedades del surgimiento de la política moderna, pues al tiempo que las elecciones empiezan a realizarse en virtud de la igualdad, se apoyan en mecanismos tradicionales que excluyen al pueblo que pretende representar. Los triunfos de la modernidad política se apoyan, en ese sentido, en sus ambigüedades y fracasos. El Estado nacional, elemento que ratifica el triunfo de la modernidad política en el espacio iberoamericano, debe apoyarse en mecanismos tradicionales para mantener el control de la población, para gobernar, para construir una unidad identitaria y, desde luego, para perpetuar las jerarquías que garantizan el orden social¹².

La diversidad de problemas abordados por investigadores de orígenes disciplinarios y geográficos diversos hizo que la reflexión inicial sobre la desintegración de los imperios ibéricos adquiriera una dimensión más amplia. Así, junto a los trabajos consagrados a la crisis imperial provocada por la *vacatio regis* hispánica y a los procesos electorales que se iniciaron a partir de 1809, con el paso de los años aparecieron nuevas reflexiones sobre el impacto del reformismo ilustrado del siglo XVIII en los conjuntos ultramarinos de España y Portugal, sobre las construcciones de los imaginarios nacionales con sus mitos y símbolos, sobre la ciudadanía y las pedagogías cívicas, sobre las prácticas jurídicas y políticas (entre las que cabe destacar al pactismo y al constitucionalismo), y en fin, sobre el rol de la guerra y de las fuerzas armadas en la formación de las nuevas naciones, no desde una perspectiva heroica y apologética, sino desde el doble punto de vista histórico y sociológico.

La modernidad política como enfoque analítico: balance crítico y perspectivas

Pese a haber explorado muchas de las facetas de las sociedades iberoamericanas en la transición entre los siglos XVIII y XIX, los estudios inspirados en el paradigma de la modernidad política dejaron de lado aspectos que hoy resultan esenciales. Los problemas relacionados con la raza y los criterios de pertenencia étnicos en la esfera pública solo han recibido una atención limitada; la infancia, las mujeres y la condición femenina no han sido objeto de prácticamente ningún estudio sistemático que los vincule a las transformaciones revolucionarias del periodo; el librecambismo, y de forma más general, la dimensión económica del pensamiento liberal, que resulta primordial en la articulación de un nuevo mundo sin vínculos coloniales ni ataduras monopólicas, ha sido dejado de lado por reflexiones que no advierten el contenido político de cualquier formulación económica; la reactualización moderna del pensamiento conservador, que encontró en el hispanismo de inspiración católica un potente dinamizador de la historia del siglo XIX, solo ha sido abordado de forma tangencial por algunos estudios sobre la religión y la Iglesia católica; la historia de las relaciones internacionales y de las transformaciones del sistema internacional se ha concentrado en la interacción

¹² A. ANNINO, L. CASTRO LEIVA y F.-X. GUERRA (coords.), *Iberoamérica. De los imperios a las naciones*, 1994.

entre los países iberoamericanos y las grandes potencias, sin prestar prácticamente ninguna atención a las dinámicas de los subsistemas regionales de la península ibérica y de América Latina; la articulación de Portugal y Brasil a las revoluciones atlánticas, o las transferencias entre los espacios hispánicos y luso-brasileños no despertaron el interés de los investigadores sino hasta fechas muy recientes; y por último, la eclosión de modernidades políticas alternativas, que se alimentaron de las conexiones imperiales y posimperiales entre África, Asia, Europa y América, fueron marginadas durante muchos años de la reflexión conducida en numerosos centros de investigación del hemisferio norte.

Si el diagnóstico sobre lo explorado y lo que queda por explorar constituye una invitación para continuar estudiando bajo nuevos auspicios la historia iberoamericana, también conviene mencionar que, como cualquier otro prisma de trabajo, la historiografía de la modernidad política contribuyó a establecer y a perpetuar jerarquías científicas y culturales. Para muchos autores, la modernidad ilustrada y liberal solo habría sido posible gracias a la expansión del protestantismo en el Atlántico norte, con la difusión de autores como Adam Smith, John Locke, David Hume y Emanuel Kant; Francia, Austria y el norte de Italia la habrían asimilado gracias a condiciones históricas y particulares. Sin embargo, las sociedades pertenecientes a los territorios imperiales de España y Portugal habrían sido incapaces de incluir las transformaciones institucionales, políticas y económicas esenciales para hacer parte de aquel grupo, lo que inevitablemente las condujo a ser calificadas como premodernas, o simplemente, a ser consideradas como experiencias marginales del mundo moderno. De tal manera, la dialéctica entre atraso y modernidad se expresa contundentemente en las relaciones que Inglaterra, Francia y Estados Unidos establecieron con España, Portugal y América Latina en el siglo XIX. La experiencia moderna de estos últimos sería, en el mejor de los casos, una tendencia episódica y localizada que reflejaría la influencia de los primeros, pero nunca un fenómeno homogéneo, capaz de articular los diferentes elementos de la estructura social y, sobre todo, permanentemente sujeto a críticas y a la necesidad de reafirmar ante el mundo su decidida vocación moderna.

No obstante, esta visión de las cosas, que perdura hasta la actualidad, deja sin explicación un número importante de fenómenos que prueban la coexistencia de elementos tradicionales y modernos en cualquiera de las sociedades europeas o americanas. La necesidad de transmitir los valores modernos a través de la escuela, los símbolos, el arte, las ceremonias o el urbanismo no es un elemento único de las sociedades poscoloniales, sino un proceso histórico transversal, que revistió modalidades singulares en función de los tiempos y de los espacios, pero cuyas huellas pueden rastrearse en París y Río de Janeiro, en Ecuador e Inglaterra o en la Europa meridional y el Caribe. La nación moderna fue una novedad tanto en las antiguas metrópolis europeas como en los territorios imperiales de ultramar.

Entre las preguntas que cabe plantear al lector al recorrer los diferentes capítulos que componen este libro está, en primer lugar, si los enfoques de traba-

INTRODUCCIÓN

jo propuestos por los diferentes autores prefiguran la realidad histórica de las sociedades iberoamericanas en lugar de definirla y caracterizarla, o lo que es lo mismo, si las aproximaciones propuestas impiden caracterizar la singularidad del tránsito a la modernidad política durante el siglo XIX. También es importante preguntarse si las herramientas conceptuales que proporcionaron los trabajos inspirados en la modernidad política resultan suficientes para actualizar nuestra visión de la historia de la península y América Latina en el siglo XIX, o si por el contrario, hay argumentos para creer que se trata de un enfoque de trabajo que debe superarse.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

Este libro se elaboró a partir de tres ángulos temáticos que estudian la modernidad política iberoamericana en el periodo comprendido entre la crisis imperial hispánica y la década de 1870. En el primero se abordan los procesos de transición entre los imperios ibéricos y los Estados nacionales en la América hispánica y lusitana, enfatizando el impacto de los movimientos independentistas, la creación de instituciones y límites territoriales, el ejercicio de la soberanía popular y las prácticas constitucionales. En el segundo se privilegia un enfoque internacional, que estudia la diplomacia y las interacciones entre los Estados y actores del espacio iberoamericano y no, como ocurre en buena parte de la historiografía, entre estos e Inglaterra, Francia o los Estados Unidos. El tercero gravita en torno al concepto de «representación» y tiene como objetivo interpretar las múltiples definiciones de la nación y los muchos esfuerzos que varias generaciones de iberoamericanos realizaron para darle contornos definidos a esta idea.

Estos tres ángulos analíticos han sido estructurados en el libro en dos partes. La primera, «Formación de la nación y relaciones internacionales en Iberoamérica», invita a reconsiderar el proceso de las Independencias, lejos de las historias patrias promovidas por las conmemoraciones del bicentenario, sino a partir de un examen de las interrelaciones que se produjeron entre la metrópoli y el imperio en el contexto de la crisis creada por la acefalia de la monarquía española. El advenimiento de la modernidad política, sin embargo, no queda circunscrito por una cronología limitada a la ocupación napoleónica y a sus consecuencias políticas: al contrario, los autores hacen hincapié en la centralidad de los años 1820 para explicar las transformaciones experimentadas en el mundo iberoamericano.

La segunda parte propone una reflexión sobre la multiplicidad de posibilidades para enunciar la nación. Aunque los propios Estados procuraron llegar a una definición de este concepto, fueron las prácticas y representaciones sobre él, las que lograron, en mayor o menor medida, atender esta necesidad y dejar por sentado su sentido polisémico. Para delimitar la nación, por tanto, se acude al papel que tuvieron los actores sociales como «hombres ilustres» o sus producciones escritas para delimitarla y hacerla visible. La literatura, la pintura, la música, la historia, la arquitectura y la ciencia participaron en la construcción de la nación

en Iberoamérica por medio de «imaginarios heroicos» y sus «representaciones visuales y discursivas» fueron artífices de su construcción. Estas formas de representar la nación pretenden ir más allá de los aspectos convencionales de la historia política, planteando perspectivas comparativas que posibilitan observar las singularidades nacionales en un espacio hasta entonces homogeneizado por su pertenencia a los imperios español y portugués. Se acude al reciclaje de referencias heredadas del Antiguo Régimen, así como a la circulación transnacional de los modelos.

Formación de la nación y relaciones internacionales en Iberoamérica

El estudio de Carla Pedicino, «De virreinos a naciones independientes: representaciones de la constitución de Cádiz en las colonias hispanoamericanas (1808-1812)», parte de una revisión de la producción historiográfica reciente para proponer una reflexión personal que ahonda en la interconexión entre el proceso constitucional gaditano y la pluralidad de las Independencias hispanoamericanas. Recogiendo la herencia de F.-X. Guerra, considera que estas transformaciones se inscriben en un mismo espacio cultural mediterráneo, y destaca que la obra de las Cortes de Cádiz se ha de situar en el marco de constitucionalismo «mediterráneo» que, a pesar de enraizarse en aquel «racionalista» francés e «histórico» inglés, se enlaza de manera original con la tradición de las «leyes fundamentales» propias de las experiencias político-administrativas locales. Analizando la crisis atlántica en su doble aspecto de crisis imperial y de crisis de soberanía, subraya la heterogeneidad de las apropiaciones de la noción revolucionaria de soberanía nacional. Las soluciones políticas surgidas en el espacio hispanoamericano presentan así una gran diversidad: de simples declaraciones de autonomía pasan a ser proclamaciones de Independencia en nombre de Fernando VII, hasta convertirse en declaraciones que prevén una ruptura total con España. Lejos de trazar un camino claro que va de la búsqueda de la libertad contra la opresión colonial a la emancipación, se trata de una crisis imperial que genera diferentes procesos locales y una compleja fragmentación territorial.

En el capítulo «De pronunciamientos, cortes, constituciones, planes y tratados. España y México en los albores de las revoluciones liberales hispanas, 1820-1821», Manuel Chust y Joaquín E. Espinosa se suman a la revisión historiográfica en curso de las Revoluciones liberales hispanas, hasta hace poco consideradas como arcaicas por una lectura euroamericana-céntrica, y muestran cómo la llama revolucionaria de 1820 fue eminentemente hispana y mediterránea, e incluso ibérica. El liberalismo doceañista supuso en América la articulación de un sistema político-administrativo que, desde el poder local y provincial, empezó a sustituir la estructura virreinal absolutista, a la vez que mantuvo una conexión estrecha con las Cortes del Trienio Liberal. De acuerdo con investigaciones recientes, M. Chust y J. E. Espinosa abogan por una reconsideración de este periodo marcado, en México, por una guerra devastadora y grandes dificultades, destacan la importancia de un nuevo modelo de actuación político-militar que consiste en la negociación política basada en la presión armada, e insisten en la necesidad

INTRODUCCIÓN

de tomar en cuenta la heterogeneidad notable de los discursos y de las prácticas políticas, de conciliación y coerción a la vez, que acompañan el difícil nacimiento del Estado mexicano.

Centrándose en el mismo periodo clave, y privilegiando el prisma de la historia de las relaciones internacionales, Daniel Rojas estudia las consecuencias de la revolución portuguesa (o *vintismo*) sobre el conjunto del espacio iberoamericano en el capítulo «Portugal, Brasil y las repúblicas hispanoamericanas. Crisis imperial, reconocimiento internacional y proyecto confederativo en la coyuntura de la revolución liberal». El autor sostiene que las transformaciones provocadas por la irrupción de la modernidad política en la esfera internacional constituyen un caso de estudio relevante, pues fue en esta donde se plantearon varios de los problemas cruciales de las crisis imperiales y de la formación de los nuevos Estados nacionales. Para ilustrarlo, se refiere tanto a una nueva modalidad del reconocimiento internacional, que recurrió a la soberanía popular para legalizar la existencia de gobiernos instalados en el poder por la vía revolucionaria, como a la recurrencia del fenómeno confederal, que fue, en resumidas cuentas, el resultado de la rearticulación de las relaciones internacionales bajo nuevos parámetros tras el ciclo revolucionario iniciado a finales del siglo XVIII. Así, en el contexto de reconfiguración de los espacios imperiales y de las identidades colectivas, el reconocimiento de las nuevas repúblicas hispanoamericanas efectuado por el gobierno constitucional portugués tenía como finalidad principal preservar y defender la cohesión del Reino unido de Portugal, Brasil y Algarve, cuestionada por la Regencia de Pedro I y sus partidarios. De otra parte, como corolario al reconocimiento, Daniel Rojas subraya la originalidad del proyecto confederativo elaborado entre Portugal, las repúblicas hispanoamericanas, Estados Unidos y Grecia para hacer frente a las potencias continentales de Europa, basado en la defensa del constitucionalismo y en una visión económica convergente y favorable a la libertad comercial. La exploración de la dimensión internacional del *vintismo* no solo se revela útil para comprender los patrones de la integración de las naciones independientes al sistema internacional, sino también estudiar las premisas de la construcción y funcionamiento de un sistema interestatal suramericano. En el caso de Brasil, como Rojas lo menciona en varias ocasiones, la apropiación del independentismo hispanoamericano fue un elemento importante en la transformación de la regencia del príncipe Pedro en un gobierno independiente y en la formulación de sus objetivos en materia de política externa.

Teresa Nunes sitúa en un marco cronológico amplio su estudio sobre el impacto de la modernidad política en las relaciones internacionales portuguesas titulado «La diplomacia portuguesa y los desafíos de la modernidad política. Relaciones luso-españolas y percepciones nacionales de los Estados latinoamericanos (1808-1848)». La identificación de los ejes geopolíticos primordiales y el análisis de las opciones diplomáticas portuguesas respecto de España y los Estados latinoamericanos le permite, en particular, subrayar la importancia concedida al factor económico por parte del liberalismo portugués. Nunes subraya que las invasiones francesas representaron un momento de redefinición para la monarquía absoluta portuguesa, cuyas prioridades se dirigieron súbitamente a América del

sur. A partir de 1808, el reposicionamiento de la corte portuguesa en Río de Janeiro le confirió a Juan VI la oportunidad de reevaluar los intereses de Inglaterra, su aliada tradicional, en el espacio americano. Aunque se tratara de aliadas en el Viejo Mundo, la monarquía portuguesa y británica experimentaron un distanciamiento relativo, sobre todo después de 1821. Sin embargo, cuando la monarquía pierde su centralidad en América, se establece un nuevo patrón de relaciones diplomáticas entre Portugal, España y los nuevos Estados latinoamericanos: sin perder de vista la relevancia estratégica de América Latina, entre 1822 y 1848, Portugal planificó su política hacia estos sobre la base del equilibrio ibérico.

Finalmente, un trabajo que articula el proceso de formación de la nación con su representación, es «La construcción del territorio nacional: ciudades, provincias y fronteras internas. El caso del centro occidente colombiano en el siglo XIX». En él, Sebastián Martínez Botero ayuda a entender por medio de un estudio de caso —el centro occidente colombiano—, el papel cumplido por las instituciones urbanas para cohesionar el territorio y las jurisdicciones que las nuevas naciones, como la colombiana, debían consolidar sobre el territorio de su dominio. Destaca el rol que tuvieron las provincias constituidas desde el antiguo régimen, así como las sucesivas formas de ordenamiento político-administrativo que fueron el resultado de pactos y acuerdos propios de los grupos de notables neogranadinos. El texto pretende mostrar que una consecuencia de esta «experimentación institucional» que supuso el despliegue del Estado en los territorios de frontera interior, generó tensiones sociales y nuevas dificultades en su proceso de modernización. Con fuentes legislativas y de archivos locales, logra poner en evidencia que desde el estallido de la crisis de la monarquía hispánica en 1808, la zona del centro occidente de la actual Colombia experimentó una serie de cambios en su organización territorial, partiendo con la Confederación de Ciudades Amigas del Valle del Cauca y pasando por la sucesiva creación de provincias, cantones y municipios a lo largo del siglo XIX. Martínez Botero concluye que la escala regional y local es fundamental al momento de analizar el proceso de modernización del Estado y la nación, pues estos conceptos tan amplios se encarnan en fenómenos propios de cada uno de los territorios, y al menos para el caso de la Nueva Granada, demuestra que en la primera mitad del siglo XIX fue fundamental el papel cumplido por las provincias para impulsar la creación del proyecto de Estado-nación.

Representaciones de la nación

En su texto «Una doctrina sublime: Juan Donoso Cortés hacia la búsqueda de la identidad española», Giovanna Scocozza abre la segunda parte de este volumen para contribuir con una mirada de este intelectual español. En efecto, en Donoso Cortés se constata una forma singular y novedosa de interpretación de la contemporaneidad, ya que «fusiona los estudios de los antepasados, las pasiones filosóficas románticas y el misterio de la fe». Además, ofrece una de las categorías de la modernidad hispánica que incluso permiten entender procesos de construcción de la identidad en la nación española y en las americanas. La obra de este controvertido intelectual, mezclada con episodios de su vida,

INTRODUCCIÓN

otorga un telón de fondo apropiado para que la autora exponga cómo Donoso construye una «filosofía de la historia», ligada al contexto político que se desarrolla paralelo a los hechos que distanciaban a España de los cambios que vivía Europa. Trabajos como *Discurso sobre la situación de Europa*, *Discurso sobre la situación de España* (1850) y *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851), son el fundamento de la madurez de estas ideas y la autora se vale de ellos para concluir que Donoso logró vislumbrar que «la historia y la filosofía de la historia eran un instrumento indispensable para recuperar un Imperio ya decadente»; para él, los desequilibrios en el desarrollo de esta «ciencia» en España, confinaban al país a una degradación cultural, social y política, y con ello, ponían en evidencia que las prácticas modernas europeas estaban lejos de instalarse en España. Con este argumento Giovanna Scocozza abre una interpretación sobre la búsqueda secular de la identidad española, que tuvo desde la mirada de Donoso un acento metafísico que permitió vincular aspectos de la «razón histórica» a categorías contemporáneas de la modernidad. La relectura de la obra de Juan Donoso Cortés, por tanto, abre un panorama inédito para avivar las nuevas interpretaciones sobre la modernidad iberoamericana.

Pierre Géal, en el capítulo «A la búsqueda de hombres ilustres para encarnar la nación en España, 1808-1848», aborda un proceso que resulta de la interacción de múltiples fuerzas, a saber, de instituciones estatales o locales, de instituciones políticas y culturales (partidos, prensa, academias...) e incluso de actores individuales. Optando por un marco cronológico amplio, el autor demuestra que la construcción del imaginario nacional se nutre de precedentes que desmienten una visión rupturista carente de fundamento y que la tardía realización del proyecto de panteón nacional (1869) se presenta como la conclusión efímera de una empresa nacida al calor de las políticas de la memoria del Trienio Liberal. De acuerdo con el énfasis que ha puesto la historiografía reciente sobre el calado del «nacionalismo banal», hace hincapié en el papel de la prensa en la construcción del imaginario nacional, tanto por la selección que propone a sus lectores como por la repetitiva afirmación implícita del rol que desempeña el hombre ilustre en la sociedad. Más allá de las diferencias que separan los casos estudiados, que traducen visiones del pasado discordantes y permiten entender la identidad española en sus contradicciones, un afán común que afianza definitivamente la noción misma de panteón los reúne.

En esta misma línea, Gabriel Cid propone un trabajo titulado «De “hijos de Arauco” a “herederos de la revolución”: héroes y representaciones de la nación en la primera mitad del siglo XIX chileno». En él, por medio de la representación visual y discursiva del caso chileno en el siglo XIX, plantea la existencia de tensiones y usos políticos del pasado para representar la construcción de la nación fundamentada en referentes que conjugan las evocaciones a la dirigencia político-militar y al mundo mapuche del siglo XVI. Cid parte de la idea de entender a la nación como una estrategia de un grupo de poder que busca legitimar el nuevo orden republicano, y plantea las contradicciones que se manifestaron en el periodo independentista al crear Estados nacionales con identidades diferenciadas en un espacio político, cultural y religioso que por más de tres siglos fue común para

los súbditos de la monarquía española. El autor acude a una lectura de fuentes visuales como pinturas, grabados, monumentos y símbolos, así como a compilaciones biográficas y textos históricos para poner en evidencia la expresión de los «hijos de Arauco», una representación ideada por los criollos decimonónicos para legitimar la existencia de una nación chilena sirviéndose del imaginario indigenista. De esta manera, Gabriel Cid logra plantear la problemática de la «materialización» de la nación y su proyección en una comunidad política específica. Su respuesta se construye desde la creación de la figura del héroe patrio como «icono polisémico albergador de valores y representaciones sobre lo nacional». Este proceso de establecimiento de héroes no estuvo libre de tensiones y conflictos que emanaron de la politización de las figuras elegidas, y no fue un proceso exclusivo del caso chileno, sino de un problema general de todo el concierto iberoamericano: un ejemplo contundente fue la idea de «Bolívar, padre de la patria», que en el caso de Venezuela y la América andina permitió esclarecer los dispositivos de nacionalización del pasado empleados para consolidar las nuevas comunidades políticas iberoamericanas.

Para concluir, «Historia y narración para la construcción de la nación en *Dolores* de Soledad Acosta de Samper» de Mariarosaria Colucciello, toma la obra de esta escritora como un referente para leer la construcción de la nación colombiana. Colucciello analiza el contexto social de la mujer en la segunda mitad del siglo XIX, y subraya el caso privilegiado de una mujer de la élite ilustrada cuyas obras aportaron elementos diversos a la construcción y representación del ideario nacional. Para la autora de este capítulo, Soledad Acosta de Samper cumple un papel de «testigo» privilegiado en un momento crucial en la definición del Estado-nación colombiano. El análisis centra la narrativa de Acosta de Samper en lo que se denomina la «topografía social de su entorno», a saber, la experimentación de la conciencia histórica que va siendo revisada a lo largo de sus novelas. La inestabilidad producida por las guerras civiles, las sucesivas cartas constitucionales del siglo XIX, la pérdida de Panamá y otros acontecimientos están representados en la literalidad narrativa que pone en evidencia los desequilibrios de un sistema democrático débil y con contradicciones que Acosta de Samper logra mostrar con la perspectiva de una mujer ilustrada. Al mismo tiempo, esa posición social, permite demostrar que la mujer no fue un actor pasivo ante los hechos políticos. Como lo señala Colucciello, en la escritora bogotana se congregan los rasgos de un actor social necesario en la representación de la nación, pero también en la participación del proyecto moderno de un Estado-nación que, incluso en la actualidad, continúa teniendo falencias en la inclusión de los diversos sectores sociales. Este capítulo concluye el libro dejando abierto el horizonte que Soledad Acosta de Samper buscó resumir en su obra con propósitos aún vigentes de un «pasado que pervive en la historia del presente de un pueblo asomado al futuro».

REFLEXIONES FINALES

Las contribuciones presentadas al lector en este volumen abordan problemas que ya han sido explorados en el marco de la historiografía de la moderni-

INTRODUCCIÓN

dad política, pero también proponen nuevos temas que enriquecen y amplían lo que ya existe. A pesar de la diversidad de preguntas y enfoques, los capítulos del libro tienen una misma articulación analítica: el paso a la modernidad política en el mundo iberoamericano puede explorarse a través de un conjunto de problemas y momentos indisociables en las trayectorias políticas y sociales de la Península y América Latina en la primera mitad del siglo XIX. Se trata, pues, de realidades comparables y dependientes gracias a la existencia común de estructuras jurídico-políticas, imaginarios religiosos y a la circulación de modelos e instituciones.

Los capítulos se articulan en un trabajo colectivo histórico y literario, que además de presentarse como un esfuerzo de síntesis y un estímulo para nuevas investigaciones, tiene un objetivo concreto: demostrar que las distintas expresiones de la modernidad, con su peculiar reestructuración de los perfiles identitarios individuales y colectivos, la transformación de la realidad social y política, o con modalidades propias de circulación y de establecimiento de interconexiones mundiales, convierte al espacio iberoamericano en una dimensión imprescindible para entender cómo la disolución de los sistemas imperiales de la edad moderna dio paso al nacimiento de los Estados nacionales en los siglos XIX y XX.

Por otra parte, las circunstancias actuales apelan a la necesidad de examinar los diversos factores y procesos que modelaron la construcción de los Estados nacionales. La guerra ruso-ucraniana, los soberanismos arrogantes que se erigen frente a las alternativas confederales europeas, y la necesidad de restablecer el ejercicio de la plena ciudadanía para minorías políticas y étnicas marginadas de la participación en la Europa mediterránea y América Latina ponen de manifiesto las ambivalencias de la afirmación de la nación y del Estado nacional, así como las contradicciones inherentes a las áreas ceñidas a los grandes espacios posimperiales. Esos problemas prueban que la configuración y la reconfiguración de las naciones y de los Estados siguen constituyendo uno de los entramados privilegiados del tiempo presente, o para decirlo en otras palabras, que las dinámicas políticas, sociales, económicas, culturales y geopolíticas que el libro problematiza no han perdido su vigencia. Al admitir la actualidad y la pertinencia de un enfoque analítico basado en el estudio de la modernidad política, este volumen quiso re-interpretar a Iberoamérica reconociéndola como una obra inacabada, y al mismo tiempo, como un espacio articulado gracias a la coexistencia de modernidades policéntricas. Cada uno de los autores de este volumen acogió esta perspectiva analítica para desenmarañar la miríada de esquemas, definiciones y categorías utilizadas para estudiar la formación del mundo iberoamericano.

Una literatura competente y fundada sobre estructuras interpretativas sólidas ya aclaró que la occidentalización de América Latina no siguió un recorrido teleológico, sino que respondió a una reciprocidad de tensiones y sincretismos¹⁵. La complejidad espacial característica de Iberoamérica está basada en una pluralidad de conexiones, cuyo desarrollo puede asimilarse —según la notoria de-

¹⁵ Cfr. sobre todo M. CARMAGNANI, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, 2004.

finición de Eisenstadt—¹⁴ a la existencia de *modernidades múltiples*. Precisamente, la necesidad de declinar en plural el concepto de modernidad política iberoamericana es la primera conclusión de este libro. No es una coincidencia que en el marco de una experiencia conjunta de trabajo interdisciplinario, los diferentes autores del volumen intenten demostrar por diversas vías, y acudiendo a argumentos de diversa índole, que hay una coexistencia y una superposición de diferentes formas de modernidad, que pueden rastrearse por medio de un orden político y social diferente, legitimado por medio de interpretaciones distintas de la tradición y la autoridad, a través de la construcción de una imagen renovada del pasado común, o en fin, en las mutaciones de la relación entre los centros y las periferias.

La segunda conclusión se deriva del reconocimiento de la pluralidad y de la multiplicidad de la modernidad. En el caso iberoamericano, el proyecto moderno refleja la dinámica de una fractura interna y externa, que puede entenderse a través de la doble naturaleza horizontal y vertical de las revoluciones hispánicas descrita por Antonio Annino¹⁵. De hecho, el proyecto de la modernidad en Iberoamérica tuvo que responder tanto al rompimiento de las relaciones entre los territorios americanos y peninsulares, como a los esfuerzos emancipatorios de las corporaciones territoriales frente a los viejos y nuevos centros de poder. En el curso de su desenvolvimiento, el proyecto moderno sentó las bases de las nuevas naciones en América Latina, España y Portugal. Sin embargo, la sedimentación de las viejas estructuras, órdenes, reglamentos y, en general, todo lo que puede sintetizarse en la noción de «tradición», condujo a que el mismo proyecto se enfrentara a tensiones y contradicciones que se manifestaron en numerosas guerras civiles, caudillismos, conflictos religiosos y en la persistencia de las aspiraciones autonomistas.

La perspectiva de la modernidad política, con sus diversas acepciones, es un ángulo privilegiado para entender la articulación del espacio iberoamericano decimonónico, con sus continuidades y discontinuidades. Antes que nada, el libro que el lector tiene en sus manos es una invitación para elegir este enfoque y continuar una reflexión fecunda y fascinante, que une en una misma dimensión un espacio geo-histórico, un proyecto político y un entramado de conexiones sociales, económicas, culturales y religiosas.

¹⁴ Shmuel EISENSTADT, *Comparative Civilizations and Multiple Modernities*, 2003.

¹⁵ Antonio ANNINO, *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica*, 2014, pp. 15 y ss.